

Sobre la captura, saqueo

DE nuevo el Contencioso hispano-marroquí vuelve a levantar marejada en las relaciones políticas y económicas de los dos países. Dieciséis pesqueros españoles han sido detenidos por patrulleras del vecino país en una operación de rutina. Los patrones de los pesqueros niegan todos los cargos que se les imputan (faenar con artes prohibidas en zonas prohibidas), mientras que las autoridades del puerto de Casablanca han iniciado el largo procedimiento burocrático para sancionar a los presuntos culpables. Pero, en tanto estos trámites se desarrollaban, una masa de ciudadanos marroquíes —civiles o militares, que para el caso es lo mismo— han asaltado los navíos españoles, aparcados en la zona militar del puerto y saqueado sus pertenencias. La grabación ofrecida ayer noche por "Onda Pesquera" de Radio San Sebastián, resulta al respecto significativa.

Es muy probable que, como declaró recientemente el subsecretario de Pesca y Marina Mercante, señor Aldasoro, "una gran mayoría de los pesqueros sancionados" haya cometido infracciones que justifiquen las medidas coercitivas de marroquíes, franceses o mauritanos. Ante semejante situación, las autoridades españolas deben, simplemente, apoyar a nuestros conciudadanos en el trance y advertirles seriamente de sus responsabilidades. Ahora bien, los actos ilegales de pillaje, abordaje y destrucción con que frecuentemente se acompañan las medidas sancionadoras, sobre todo por parte marroquí, exigen una respuesta vigorosa de las autoridades españolas. No es tolerable que oficiales y marineros de las Fuerzas Navales de Marruecos se comporten con nuestros conciudadanos como auténticos corsarios. Tal conducta prejuzga en muchos casos la rectitud de sus intenciones e impide un entendimiento entre las autoridades de los dos países.

El Reino de Marruecos es teóricamente una nación amiga y vecina. Nada impide que, con las dificultades inevitables, los dos países lleguen a entenderse en casi todos los campos. Pero semejante entendimiento pasa por el respeto estricto de los derechos humanos a un lado y otro del estrecho de Gibraltar. España no puede admitir que "grupos incontrolados" desvalijen a nuestros pescadores mientras se encuentran bajo la protección de la bandera marroquí. Marruecos no puede tolerar que semejantes acciones se produzcan en su territorio sin que medie una explicación adecuada. Cuando el diálogo franco no se establece y cuando, en cambio, se ejerce arbitrariamente la autoridad pueden suceder cosas que a nadie convienen.

Polonia: La conquista de la huelga

EN 1980, y en países civilizados que tienen por consiguiente una larga historia laboral, ya resulta ocioso hablar del derecho a la huelga. Este derecho (con las debidas garantías, para que las empresas no estén literalmente en manos de algunos irresponsables) es una conquista ya irrenunciable que ha sido trabajosamente arrancada al viejo sistema liberal del siglo XIX, y en gran parte gracias a ella se ha avanzado hacia una sociedad mejor y más equilibrada, lo que quiere decir más serena y estable, con todo lo que eso significa. Hoy ni los obreros necesitan llevar más blusa ni los patrones necesitan llevar chistera. Es posible que muchos tampoco pudieran pagarla.

Pero si la huelga es un instrumento lógico de presión en la compleja convivencia de capital y trabajo, resulta un instrumento absurdo —parece— cuando en teoría no hay capital. Muchas personas de buena fe habrán quedado sinceramente sorprendidas ante la conquista del derecho de huelga en Polonia. Si el poder es de los propios obreros, según el sabido supuesto, ¿la huelga para qué? ¿Contra quién han de luchar?

Pues han de luchar —y el problema es tan viejo en la Europa del Este que ya se remonta a Milovan Djilas, el disidente yugoslavo— contra los que administran a los trabajadores. Cuando en lugar de un patrón individual hay un amo omnipotente —el Estado y el Estado de poder absoluto— se pueden producir situaciones que recuerdan algunas formas primitivas del mundo capitalista, y ello es lógico porque el fondo de la cuestión es casi el mismo. Hay unas manos que pagan el trabajo y otras manos que lo hacen y lo cobran. Lo que ocurre —y ello ya nos llevaría a un análisis de sistemas que no corresponde al espacio de esta columna— es que en los países occidentales la mano que paga persigue

El resultado se llama cultura

Cuando el hombre habla del hombre

LA pregunta se la hacía un personaje de Simone de Beauvoir, en «Les Mandarins». Y más o menos —cito de memoria— venía a ser: «¿Y qué significa eso de que el hombre no pare de hablar del hombre?» De hecho, así ha ocurrido, así ocurre: el hombre no deja de hablar del hombre, y al resultado le llamamos «cultura». Por supuesto, en la frase en cuestión, todo es abstracto: se trata, en principio, de «el hombre» y no de «un hombre», «tal hombre» o «cada hombre». En la práctica, sólo unos cuantos hombres: los «intelectuales». Lo cual llevaba a otra pregunta, en la novela: «¿Por qué los intelectuales se arrojan el derecho de hablar en nombre de los demás?» El mecanicismo tiene su explicación en una simple tautología: la «cultural» —en el sentido clásico, académico de la palabra— es, ante todo, un asunto de «hombres cultos», quienes, desde luego, se erigen cualificados en «el hombre», por definición. No hay que darle vueltas: la realidad ha sido esa, y sigue siéndolo. Y, luego, «hablar» consiste en hablar y en lo restante, pintar o esculpir, hacer música, arquitectura, cine, ingeniería, medicina, lo que sea. La «cultura» consiste en una reflexión del hombre sobre el hombre, hágase como se haga: con el pincel o con el utillaje de la bioquímica, investigando el firmamento o la historia local, afinando la tecnología o la literatura...

Si bien se mira, el planteamiento es menos «idealista» de lo que a primera vista parece. Podremos —y debemos— poner en tela de juicio el origen «histórico» de la situación, y de sus episodios sucesivos. Unas motivaciones sociales concretas dieron pie a que nuestros antecesores más remotos, apenas bipedotes, cavernícolas o bosquimanos, empezasen la operación. Me temo que, por mucho que los arqueólogos averigüen y metan en ello su fantasía, nunca sabremos a ciencia cierta cómo comenzó. Sería curioso saberlo, pero lo mismo da. Sólo que, una vez en marcha la cosa, ya no se detuvo. Gracias a Dios, naturalmente. Si no, ¿dónde estaríamos todavía? Hubo sus altibajos. Pero el abuelo troglodítico impulsó a su descendencia, con la «división del trabajo» el germen de la «cultura». Hasta llegar a hoy, la trayectoria ha sido amarga, confusa, zizzeante. ¿Podría haberse desarrollado de otro

modo? Con los textos ortodoxos en mano, de san Karlos Marx y del beato Engels, cabe concluir que la «historia» ha sido lo que ha sido porque no podía ser de otra manera, y la Tierra (o la Epoca) Prometida sigue en los niveles brumosos de la Esperanza. Lenin, que tenía sus raptos líricos, también hablaba de «sueños». El materialismo histórico no siempre es tan «materialista» como le corresponde.

Una alegre digresión acerca de las innumerables «revoluciones» que se han producido, y han fracasado, en los últimos veintitantos siglos, nos ilustraría mucho. La hipótesis sería —aberrante— su victoria. No importa de quién: de Espartaco, de los agermanados, de los hussitas, de la Commune... Habría sido, de ser victoriosas, una intempestiva intrusión en el curso de la «historia»: reaccionarias. Tenían que perder para ceder el paso a nuevas opciones más seguras, y estas opciones no podían darse sino a través de una sociedad industrializada dentro de la cual el «proletariado», última clase afligida, protagonizaría la definitiva acción revolucionaria. La lección del marxismo reside en un «aplazamiento» calculado de la «transformación de la sociedad». Lenin dio un paso adelante. ¿Un paso? Convendría examinar el asunto de cerca. Estos días, según las agencias de prensa, acontecen sucesos imprevistos en Polonia. Algunas fotos publicadas por los periódicos occidentales —capitalistas— nos muestran al «proletariado militante», y huelguístico, de Polonia, tomando la comunión o arrodillándose ante alguna reliquia exhibida por sacerdotes papistas. No es eso lo que prometían Marx, Lenin ni los demás. La revuelta obrera contra un Estado teóricamente socialista ¿sigue siendo una anecdota de la «lucha de clases»? ¿De qué «clases»?

Cierro el paréntesis. Y vuelvo a lo de la «cultura»: que el hombre hable sobre el hombre. Siempre fue así, para bien o para mal. Incluso en las etapas más teocéntricas, «hablar de Dios» era «hablar del hombre», sujeto y objeto de un trámite sobrenatural. Durante siglos, la gente quería ir al cielo, después de morir, y gozar de la gloria celestial. Toda una «cultura» les preparaba para ello. Me refiero, naturalmente, a la Europa cristiana. En

otros sitios funcionaban otros dogmas. Pero después hubo sus más y sus menos respecto a la «salvación», y hoy día, casi nadie se interesa por estas complicaciones. Vivimos en una sociedad, no ya «laica», sino «pagana». Bueno: no tanto. Nuestras muchedumbres contemporáneas creen en horóscopos, en amuletos, en marcanos. «Green». Si no me equivoco, don Eugenio d'Ors se burlaba de las señoras que saltaron en «creer» en los fantasmas para «creer» en las vitaminas. Don Eugenio decía que creía en los «ángeles», e incluso inventó una «angelología», nunca bien vista por los teólogos de profesión. Son anecdotas incidentales. Y «hablar de ángeles», como «hablar de Dios», era finalmente «hablar del hombre». Todo acaba en «el hombre». El «hombre» piensa en sí mismo: en su «situación» y en su «futuro».

Piensen por los hombres unos hombres: los «intelectuales». Y hablan por ellos. Porque las muchedumbres son sistemáticamente «silenciosas». La «cultura» no les afecta. Una «cultura de masas» ¿qué es? ¿La hay? Y si la hay —y la hay— es una «cultura» infligida a las masas: un comerle el coco. ¿Y no ha sido siempre así? Ahora son la radio y la televisión. Antes eran los predicadores, los maestros de escuela, las «autoridades» civiles o militares... En una meditación final, convendría precisar ese «hablar del hombre sobre el hombre». Es un «humanismo», de entrada. Pero ha de ser mucho más: un negocio, por ejemplo. ¿No lo fue siempre...? Y el drama se agobia ante tantas contradicciones. Nadie habla del «hombre» sin unas prevenciones ideológicas. De hecho, el «humanismo» fue un timo. ¿Qué puede ser el «hombre», cuando sólo los privilegiados pertenecen a esa categoría? Pero ahora, «el hombre», ¿no somos todos? Tendríamos que serlo. En última instancia, la «cultura» se traduce a esta escala: ambulatorios, escuelas, literatura... Y el «consumismo»... Continuamos dentro de un concepto de «cultura» pragmático. ¿Y el Partenón, y Kilke, y Cole Porter, y el Bosco, y Venecia, y la fisión del átomo, y Miró, y el jazz, y la teoría de los cuanta, y Freud, y...? ¿Wittgenstein...? Nunca se sabe...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

EL ANTAGONISMO DEL PAN Y LA BALANZA

Señor Director:

Cuando antaño las gentes reclamaban el grito de «Pan y justicia», aquí se pesaba en el instrumento símbolo principal de ésta: la balanza. Y es clamor popular local que en nuestras tahnas las balanzas son mero elemento decorativo: el pan no se pesa.

Quizá la «balanzofobia» panaderil se iniciase cuando un genial mandamás local inventó el kilo de 900 gramos y rápidamente se autosuperó con el de 800 gramos. ¡Es curioso que nadie propusiese al genial innovador para el Nobel!

Parece ser que las diferencias de peso superan el 10 por ciento (siempre en defecto, claro), y que el pobre consumidor no puede, más que no sabe, defender su derecho, pues el mero intento genera en respuesta una violencia dialéctica extrema. Ante tan flagrante desprecio a un derecho inalienable básico, las gentes sencillas quedan anonadadas.

Cabe opinar que, si en nuestra flamante democracia no existe tutela eficaz contra tan grosero y desforado abuso, convendría crearla y ponerla y mantenerla en drástico ejercicio.

Pues si no puede haber tutela contra tan alevosa como ruin explotación: ¿Contra qué podrá haberla?

J. CODINA

EL CORREO DE BARCELONA A SARDANYOLA

Señor Director:

Hace ya mucho tiempo que vengo quejándome de la injustificable irregularidad, para mí totalmente arbitraria, con que recibe la prensa en mi domicilio. He reclamado en la Administración local, en la Provincial y hasta en la Dirección General. Me han contestado muy amablemente, pero el servicio sigue igual o peor.

El martes, 19, recibí con «La Vanguardia» de la fecha, la del domingo día 17, que no sé por qué no pudo llegar el lu-

nes, ya que no pretendo que me la traigan el domingo por ser festivo. Lo mismo ocurrió con «La Vanguardia» del día 15 que no recibí hasta el 17.

Se ve que las de los días festivos no tienen bastante con dormir ese día, sino que necesitan también el siguiente. Recibo hoy, 19, también el «Diario de Burgos» del día 17 (muy bien), pero aún no he recibido los de los días 14, 15 y 16, además de otros de fechas anteriores. Me llegan también hoy, juntos, los dos sobres del «Aranzadi», que contienen las entregas semanales de los días 1 y 8 de agosto.

En la Administración de aquí me dicen, y lo creo, que distribuyen al día todo lo que reciben. Si es así, habrá que pensar que la culpa de las anomalías está en la provincial, pero no puedo probarlo, porque lo desconozco. En cambio, creo que si tienen que conocerlo los responsables de este servicio, que para eso cobran, y no será mucho pedir que quien cobra un sueldo por servir al público no pretenda invertir los términos y convertirse en dueño y señor para hacer lo que le da la gana, como si el público hubiera de conformarse obligatoriamente con un mal servicio por no merecer más.

¿Que hay falta de brazos? ¡Pues qué bien! Hay muchos parados que necesitan trabajar y tanto a unos como a otros con fondos públicos hay que pagarlos.

¿Que se debe a funcionarios que creen que su puesto no es de servicio sino de honor y de pasatiempo? Pues para eso está el honor y la dignidad de los buenos funcionarios, que han de cargar con su trabajo y el de tales parásitos. Para desenmascararlos y hacer que cada palo aguante su vela.

Para evitar malentendidos, advierto que tengo 75 años y he sido funcionario público durante toda mi vida.

J. HIDALGO (Sardanyola)

NO HUBO BAILE EN EL CEMENTERIO

Señor Director:

Con referencia a la carta «Baile en el cementerio», publicada en el periódico de su digna dirección el día 24 de es-

te mes, he de manifestarle que no existió tal baile.

Se organizó una serenata de protesta por la chabacanería de la Fiesta Mayor de Esplugues de Francolí, con nivel muy bajo tanto cultural como artístico, sin ningún acto religioso.

Se protestaba por la suciedad en la villa, con pintadas indecorosas en las fachadas y un alfombrado de detritos en las calles, y terminó a la entrada del cementerio municipal, como protesta por su incuria y abandono, sin cerradura en la puerta y donde son arrancadas las cruces y símbolos religiosos de metal para venderlos a peso como chatarra. No somos inconscientes ni depravados.

Paco VALLESCA

Esplugues de Francolí (Tarragona)

LA LIMPIEZA EN PINEDA DE MAR

Señor Director:

Con fecha del, pasado día 24, he leído en el periódico de su digna dirección una carta firmada por el señor Armando G. Paz, en la que hace referencia al pueblo de Pineda de Mar.

Al escribir la presente, he de manifestarle que soy natural y vecino de este pueblo, hace más de cincuenta años, y que con la presente no me mueve ningún motivo ni en pro ni en contra del actual Ayuntamiento, sino decir las cosas tal como son.

Hay cantidad de plazas, parques infantiles y papeleras esparcidas por todo el pueblo, así como una brigada de barrenderos y servicio de recogida de basuras, que para sí muchos pueblos con más importancia y empaque quisieran.

Debo manifestar que en el invierno, cuando somos solamente los naturales de la localidad, ésta brilla de limpieza, y yo pregunto: ¿quién nos trae la suciedad que este señor indica?

Al hacer referencia a la playa, he de manifestarle que existen unos bidones de prudencial distancia para depósito de desperdicios, pero es más cómodo para algunos dejar dichos desperdicios en el lugar de acampada; además, existe un tractor y máquina restrilladora, que deja la playa durante la semana comple-

tamente limpia, y cada día una brigadilla recoge manualmente todos los papeles y demás desperdicios, pero el domingo por la noche se tendría que var, señor Director, como está la playa. Y finalmente, la cantidad de piedras que indica dicho señor, están en el mismo rompiente de las olas y su orilla, traídas precisamente por el mar, y no se pretenderá que el tractor y máquina se meta dentro del mar para rastrear las piedras.

José VIVES

ESTADO LAMENTABLE DE LA PLAYA SAN POL-S'AGARÓ

Señor Director:

Permítame que a través de su periódico, de tan amplia difusión, me dirija a los que frecuentan la hermosa playa de San Pol-S'Agaró:

Por favor, amigos turistas y veraneantes como yo: no echéis latas, papeles, compras, pieles de fruta, pañales de niño, palitos de polo y otras inmundicias sobre la arena. Ya que el organismo a que corresponde se ha olvidado de poner papeleras y limpiar diariamente la playa desde el club de vela hasta los baños de S'Agaró, podríamos al menos colaborar todos y llevarnos nuestras basuras a casa. De seguir así, nuestros preciosos roedores nos harán compañía en la arena de esta maravillosa bahía.

El que no se lo crea, pues comprendo que en un lugar turístico de primer orden es difícil de creer, que se pase por favor por la antigua zona de baños de S'Agaró y verá cuántos desperdicios multicolores adornan la arena.

Sylvia SOLER DE LEON

N. de la R. — Escogemos con preferencia para la publicación — íntegra o condensada, según el espacio —, las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido.

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

un lucro privado, mientras que en los países socialistas persigue —en teoría, porque la realidad es muy otra— una creación de riqueza que ha de ser equitativamente repartida entre todas las fuerzas que la producen.

Sea como sea, si el hombre que trabaja carece de libertad y no puede decirlo porque no tiene el derecho de huelga, y además sus únicos representantes no poseen más mérito que ser diplomados en disciplina política (los españoles sabemos bastante de esto, lo cual indica que es verdad que los extremos se tocan) nos encontramos ante una situación tan aparentemente absurda

como la de Polonia. Tan aparentemente absurda y tan completamente lógica.

Porque allí los trabajadores han tenido que defenderse del «Estado de los trabajadores» aunque sólo sea para pedirle que no se moleste tanto por ellos. Hay otros sistemas —ya inventados y probados— que pueden hacerlo mejor. Y el trabajador occidental los usa.

Varias consecuencias se pueden obtener de esta situación que sin duda tendrá profundas consecuencias en los países socialistas: el derecho de huelga (con las debidas garantías, insistimos) es cada vez más irreversible; la administración de los trabajadores sin oír a

los trabajadores puede ser tan injusta como aquel viejo principio del despotismo ilustrado: «Todo para el pueblo pero sin el pueblo». Y es posible que el «capitalismo de Estado» adquiera a partir de ahora un rostro menos hermético, es posible que sus sistemas se hagan más flexibles y sus funcionarios dejen de tener cara de fichero. Polonia —país valeroso por tantos conceptos— bien lo ha merecido. Pero, por desgracia, lo dudamos porque no se renuncia fácilmente al ejercicio del poder dictatorial por muy bastardeadas que estén sus justificaciones doctrinales. Más de medio mundo nos sirve de penoso ejemplo.